

EXODUS



EN una directiva del Estado Mayor del Ejército republicano, de fecha 23 de enero de 1939, se ordenaba la ocupación de la línea L-5, constituida por la margen izquierda del río Llobregat, con posición avanzada en la orilla derecha hasta la costa y extremando, sobre todo, la resistencia en los célebres desfiladeros del Bruc y «congost» de Martorell —plaza ésta que es un importante nudo de comunicaciones—. Pero el desgaste sufrido por las tropas republicanas en la batalla del Ebro y las reorganizaciones demasiado precipitadas imposibilitarán la maniobra.

Alegando dificultades técnicas y financieras, el ministro de Asuntos Exteriores francés Georges Bonnet, se niega a tomar en consideración la proposición de su colega español, Alvarez del Vayo, con vistas a acoger unos 150.000 refugiados civiles y heridos. Esta entrevista tuvo lugar a mediados de enero. Tres semanas más tarde, la marea humana que invadió el Mediodía de Francia sobrepasaba el medio millón de personas. Entonces, las autoridades francesas pusieron en marcha la más irresponsable de las improvisaciones.

1939

Por Eduardo Pons Prades



Al romperse la línea del Llobregat, los organismos oficiales reciben la orden de proceder a su evacuación hacia Gerona y Figueras y se dispone la defensa inmediata de Barcelona bajo el mando del teniente coronel don Carlos Romero, y luego del coronel segundo jefe de la Comandancia, don Jesús Velasco. Están en línea el Batallón de ametralladoras número 125, un Batallón de la 151 Brigada mixta, cinco grupos de fuerzas de asalto, un batallón de carabineros y otros tres batallones de retaguardia. El perímetro de defensa era de unos 20 kilómetros. Para guarnecer la línea que iba de Esplu-

gas de Llobregat al mar se contaba con un regimiento de caballería del Ejército del Ebro, de un batallón de retaguardia, de un grupo de guardias de asalto y con algunos batallones de la 43 División. Dos agrupaciones de artillería estaban afectas a la defensa de Barcelona.

Una retirada de cincuenta días

Bajo el control de la Comisión militar internacional, se procede a la evacuación de los voluntarios de las Brigadas internacionales. A primeros de enero salen de España: 2.141 franceses,

Un camión cargado de milicianos, cuyos rostros resplandecen de alegría, traspasa la frontera francesa.



Al iniciarse el año 1939, un comisario político (arriba) explica a los soldados republicanos en un cuartel barcelonés la gravedad de la situación: no pasará un mes para la casi desbandada hacia Francia. Un ilustre emigrado, el poeta Antonio Machado (abajo), se calienta al tibia sol invernal en Cervià de Ter, al —para él— último sol de España

de los batallones «Comuna de París», «Edgar André», «Henri Barbusse», «Vuillemín», y «6 de febrero»; 584 norteamericanos de la brigada «Lincoln»; 407 británicos de la Brigada «Ralph Fox»; 347 belgas del Batallón «Louise Michel» y del franco-belga; 283 polacos de los batallones «Dombrowsky» y «Micklewicz»; 194 italianos de la Brigada «Garibaldi»; 190 alemanes, 182 suecos, 142 holandeses y 115 daneses de los batallones «Thaelmann», «Tchapaiev» y «Dimitrov», entre otros grupos menos importantes. En dichas brigadas habían combatido voluntarios de cincuenta y tres países y seis mil de entre ellos yacían para siempre en tierras españolas.

El día 25, a las cuatro de la tarde, salen los últimos trenes con heridos desde las estaciones de Sans y de la plaza de Cataluña. La evacuación de los soldados hospitalizados fue seguramente uno de los problemas más arduos que el mando republicano tuvo que resolver. Como las columnas de fugitivos que hufan desordenadamente hacia la frontera llegaron a sumar cerca de un millón de personas, no es difícil imaginar las penosas condiciones en que se desarrolló la retirada de Cataluña, a lo largo de casi cincuenta días.

A las nueve de la noche, reúne el general jefe del grupo de fuerzas de Barcelona, en su P. C., al jefe del Ejército del

Ebro y al coronel comandante militar. Se ha ordenado la evacuación de los quince almacenes de Intendencia (en los que había víveres para más de dos años), y de los 14 millones de litros de gasolina almacenados en galerías subterráneas del Tibidabo, encargándose de esto último las fuerzas de Aviación. Para aligerar las existencias se prevé la distribución de 80.000 equipos con destino a los Ejércitos del Ebro y del Este. Cuando se ordena el repliegue hacia la línea del Besós, al norte de Barcelona, surge una voz discrepante, que se niega a retirar sus fuerzas de la ciudad condal: la del mayor Zaragoza, del Cuerpo de Seguridad. Y para corroborar esta valiente actitud, en el sector de Esplugas, el Batallón 125 de ametralladoras y el de la 151 Brigada mixta se baten hasta el último extremo. Pero, todo el flanco derecho del XV Cuerpo de Ejército pasa a ocupar la línea del Besós. Del Batallón de la 151 sólo queda una compañía que se repliega a la Plaza de España. Al Batallón 125 es imposible retirarlo. El último parte telefónico de su jefe dice: «En este momento el enemigo asalta mi puesto de mando...»

Con Machado en el café de la estación de Cervèr

El 26 de enero de 1939, Barcelona caía en poder de las fuerzas nacionales y, ese mismo día, en Cervià de Ter, no lejos de Gerona, en torno a Antonio Machado, su hermano José y su madre, se reunían los doctores Trías, el poeta y helenista Carles Riba, los hermanos Xirau, los profesores Navarro Tomás y Roura, el neurólogo Sacristán, el escritor Corpus Barga, el geólogo Royo Gómez, Ricardo Vinós y el doctor Puche, en espera de ser evacuados a Francia en unas ambulancias de Sanidad Militar.

En la destartada escuela municipal de Garriguella, cerca de Figueras, entre los aparatos de radio decomisados al vecindario y debidamente precintados, el comisario político del Batallón Especial daba la pauta a varios oficiales de su unidad.

—Y si optamos por salir del país, ¿qué pasará cuando entremos en Francia? —preguntó uno de ellos.

—Eso no lo sabe nadie, respondió secamente el comisario.

Dado que el Gobierno radical-socialista de Albert Sarraut



Arriba, guardias móviles y soldados franceses amontonan y «seleccionan» las armas y demás objetos que se han convertido en una pesada carga para los refugiados.
En la foto inferior, los inútiles fusiles se apilan en las paredes de un garaje del Pertús, mientras los refugiados saludan puño en alto, desde la baca del camión, a un guardia móvil «simpatizante»



mantenia cerrada la frontera, un grupo de personalidades francesas lanzo el 25 de enero un llamamiento encabezado así: «Francia debe aceptar el honor de aliviar la espantosa miseria de los españoles que se dirigen hacia sus fronteras.» Firmaban el documento personas de la más variada procedencia: el cardenal Verdier, arzobispo de París; el filósofo Henri Bergson, Premio Nobel; Jacques Maritain, del Instituto Católico; el marqués de Lilliers, presidente de la Cruz Roja francesa; León Jouhaux, secretario de la C.G.T.; el novelista católico François Mauriac, de la Academia Francesa; Jean Perrin, Premio Nobel, el escritor André Gide, el poeta Paul Valéry, entre otros.

Al anochecer del 29 de enero Machado abandonó España, a pie. Don Antonio el Bueno pasó aquella noche en el café de la estación de Cerbère, sentado en una silla. «Sus ojos reflejaban una indecible tristeza, pero su porte sereno y su expresión tranquila daban a su gesto austero la típica dimensión castellana, que en él se fundía, de modo sorprendente, con su profundo espíritu andaluz.»

Su último escrito había sido publicado, el 6 de enero de 1939, con el título «Desde el mirador de la guerra», en «La Vanguardia» de Barcelona.

El Gobierno francés, tratando de evitar la invasión que se acercaba, hizo una última gestión acerca de las autoridades nacionalistas, sugiriendo el establecimiento de una zona neutral en Andorra, o a lo largo de la frontera, en la región del Pertús, o de Portbou, en la provincia de Gerona. Los refugiados gozarían en ella del derecho de asilo, como en la Edad Media, en espera de su emigración a otros países o de su regreso a España. La proposición fue categóricamente rechazada por Burgos.

El rigurosísimo invierno de 1939 en el Rosellón

La verdad es que del país vecino se tenían unas ideas muy sublimizadas: cuna de la revolución, crisol de la democracia... todo ello aureolado por el secular tríptico libertad, igualdad, fraternidad. Y, por música de fondo, la popularísima y vibrante «Marsellesa». El tinglado era insuperable, es cierto. Pero, los protagonistas indígenas fallaron en toda la línea.

Por fortuna, como sucede casi siempre en semejantes circunstancias, la ayuda de las capas populares, muy sensibilizadas, atenuó en gran parte la frialdad, la indiferencia, y en no pocos casos la hostilidad de los funcionarios de la Tercera República francesa.

Se debía esto a que, en la inmensa mayoría de los hogares españoles de allende los Pirineos, se había vivido el período 36-39 con tanta intensidad que las casas estaban impregnadas de guerra civil y no tenía nada de extraño que, a partir de ellas, la palabra solidaridad adquiriese unas dimensiones admirables.

Enero fue muy riguroso. Al decir de los campesinos hacia treinta y tantos años que por el Rosellón no habían conocido un invierno tan frío. Y, febrero y marzo no se quedaron a la zaga.

España se desangraba por mil senderos de la cadena pirenaica y al enloquecedor retumbar de cañones y bombas sucedería una terca cantinela de nombres exóticos, que se colaría de rondón en nuestra historia: Argelés, Saint-Cyprien, Barcarés, Agde, Gurs, Vernet, Setfontes y, al otro lado del Mediterráneo, Djelfa, Meridje, Ain-el-curak y Adjerat-m'guil...

Entretanto, en otras esferas, se seguía especulando con la tragedia española: el diario moscovita «Pravda» publicaba un artículo, reproducido por la prensa francesa, del que entresacamos este párrafo: «Las autoridades francesas niegan el asilo a los republicanos españoles. A punta de bayoneta hacen volver atrás a los niños, a las mujeres, a los ancianos, e incluso a los heridos. Nunca se ha visto en la historia un cuadro tan vergonzoso para toda la Humanidad.»

Por aquel entonces los sindicatos franceses recaudaron más de doce millones de francos con destino al fondo de ayuda a los refugiados. La Unión soviética, por su parte, envió cinco millones de francos, con los que no se cubría los gastos de un sólo día. Estábamos a seis meses vista del pacto Hitler-Stalin y cuando se airearon, años más tarde, los documentos de la Wilhelmstrasse, se descubriría que una de las condiciones impuestas por el Canciller alemán al dictador ruso, en las negociaciones preliminares, era el cese de cualquier ayuda a los republicanos españoles.

Con la toma del Pertús, el 9 de febrero, y la de Puigcerdá,

el 10, las fuerzas nacionales dieron por terminada la campaña de Cataluña. La última unidad republicana que cruzó la frontera, el mismo día 10, por tierras de Cerdeña, fue la 26 División, la antigua columna Durruti, con su jefe, Ricardo Sanz, a la cabeza, siendo internada en Mont-Louis.

En poco más de dos semanas habían entrado en Francia alrededor de 525.000 refugiados, entre los que figuraban unos 75.000 niños, unas 105.000 mujeres y cerca de 15.000 heridos (1.200 voluntarios internacionales entre ellos).

Abandonaron también Cataluña 1.800 médicos, más de 1.000 abogados, 431 ingenieros, arquitectos y técnicos, 276 profesores de segunda enseñanza, 156 catedráticos (de los 550 con que contaba España en 1936), incluidos 7 rectores; 817 diplomados de la enseñanza superior, 243 escritores y periodistas y unos 5.000 funcionarios. La mayor parte de ellos serían acogidos, meses más tarde, por el Gobierno mexicano presidido por el general Lázaro Cárdenas.

Los españoles dramatizaban la situación

Los primeros refugiados de la última oleada llegaron a Perpignan al amanecer del 28 de enero. La primera oleada había cruzado la frontera, por el lado occidental de los Pirineos, tras la caída de Irún, en septiembre de 1936. De una latitud a otra el recibimiento fue aproximadamente el mismo: una cazoleta de agua sucia aquí y una lata de sardinas para quince personas allá.

Lo que no tenía vuelta de hoja era que la propaganda nacionalista había despertado, en ciertos países, un eco insospechado.

* * *

El asedio a que fueron sometidos quienes llevaban cosas de cierto valor, aunque fueran simples objetos de uso personal (los «Gardes Mobiles» quitaron a muchos refugiados todo lo que llevaban encima, so pretexto de que no habían sido satisfechos los derechos de aduana), alcanzó tal amplitud que muy pronto los refugiados se dieron cuenta del partido que podían sacar a tan desenfundada obsesión. Y, si bien al principio, con las privaciones y el hambre por medio, no pocos españoles fueron

literalmente desvalijados, luego, entre vendedores y compradores, se estableció una cadena de intermediarios que darían muchas veces gato por liebre a los gendarmes y a los bobalicones negros, que eran la clientela más asidua.

Desde las falsas máquinas de retratar hasta la rutilantes piedras preciosas, que no eran sino culos de vaso hábilmente tallados, todos los artículos codiciales y comerciables en semejante trance, fueron inventados y fabricados por los españoles para salvar y desdramatizar aquella humillante situación.

En Gurs no había ni termómetro

En el castillo de los Templarios de Colliure encerraron a unos 400 soldados republicanos y algunos internacionales. Fueron conducidos allí, esposados como vulgares delincuentes, por tropas coloniales del 24 Regimiento de senegaleses.

Las razones de su encarcelamiento iban desde el simple hecho de haber sido sorprendidos confeccionando una lista de los que deseaban marchar a América (como ocurrió con 17 hombres del campo de Bram, enviados a Colliure), que era un recurso muy asequible para apuntalar la moral de unos y otros, hasta la represalia contra un comandante de los servicios Z, el cual, al ser interrogado por un oficial del Deuxième Bureau, tuvo esta salida:

—Mire, señor comandante, lo que pasa es que, en cruzando la frontera, me ha dado la amnesia, y no sólo ya no me acuerdo del armamento alemán o italiano que tienen los nacionales, sino que me he olvidado del día en que nació, fíjese usted.

En sendos informes, el general-médico francés Peloquin y el doctor Joaquín D'Harcourt, coronel del Ejército republicano, señalaron que la disentería y la neumonía causaban verdaderos estragos, así como la tifoidea, la tuberculosis y en algunos casos, la lepra. Que la tercera parte de los internados sufría de tifa y sarna, siendo muy frecuente la ulceración de la piel y la inflamación de los ojos y de la garganta, debido a las violentas tempestades de arena que el viento originaba. Y, el doctor



Un grupo de aviadores republicanos concentrados en el campo de Argelés-sur-Mer (marzo de 1939). Apenas si hay sonrisas en los rostros; tampoco desesperación.

D'Harcourt agregaba: que los trastornos mentales y neuróticos constituían un problema mucho más grave que el resto de las enfermedades. Este médico declararí, algo más tarde, a la escritora Isabel de Palencia, que «a varios centenares de médicos españoles se les prohibió atender a sus heridos y enfermos».

La negligencia llegó a tales extremos que en la enfermería del campo de Gurs no había, a mediados de febrero, ni un simple termómetro.

El primer paisano que logró penetrar en aquella siniestra fortaleza del siglo XIII fue Paul Bourgeois, miembro de la asociación de ayuda a la España republicana, el cual, en una conferencia de prensa, acusó al jefe de la prisión, capitán Rollet, de tener a los españoles un odio innato. Uno de los detenidos, el comandante Vilellas Freixas, declararí que, cada vez que se anunciaba una visita de inspección, ocho secciones de prisioneros eran llevados a las celdas subterráneas, para que no les vieran. Las vejaciones alcanzaron tal grado de brutalidad que uno de los oficiales de la Garde Mobile, confesó: «Me avergüenza ser francés». Tras la conferencia de prensa se declaró una huelga del hambre y el jefe del fatídico castillo de Colliure cesó en su cargo.

Desnudo, como los hijos de la mar...

Y, a la sombra de la fortaleza

de los Templarios, de triste memoria, en la modesta pensión de los esposos Bougnol-Quintana, en la misma habitación, separados por un biombo, agonizan el poeta sevillano, Antonio Machado, y su madre, Ana Ruiz. El día 22 de febrero de 1939 muere el poeta. Sus restos serán llevados hasta el cercano cementerio, féretro en vilo, por soldados andaluces del regimiento de caballería Andalucía. Era el postrer y sentido homenaje del pueblo a su sencillo poeta, al que «llegado el día del último viaje, y estar al partir la nave que nunca había de tornar, se le encontró a bordo, ligero de equipaje, casi desnudo, como los hijos del mar».

Por aquellos días en la prensa —«La Vanguardia Española» y «Solidaridad Nacional»— se podía leer esto: «En Roma, muere Pío XI... en Burgos, se dicta la Ley de Responsabilidades políticas... botadura del acorazado inglés «King Georges V»..., el general Vicente Rojo dimite de su cargo de jefe de Estado Mayor..., desfile de la Victoria en Barcelona y primer discurso de Franco dirigido a «los españoles de Cataluña»..., el cardenal Verdier, arzobispo de París, exhorta a los católicos franceses a que visiten Sevilla en Semana Santa... Don Emilio Jimeno Gil, catedrático de la Facultad de Ciencias, es nombrado rector de la Universidad de Barcelona...; en Hamburgo, los alemanes botan el acorazado «Bismark» y el Führer aprovecha la ocasión para discursar: «La Providencia, dirá, se ha mostrado con nosotros más justa que los hombres». E. P. P.

CONSULTORIO

247. — LA BATALLA DE FUENTES DE OÑORO.

Les agradecería que me informaran acerca de la batalla de Fuentes de Oñoro, primera que Wellington libró contra los franceses en nuestra guerra de Independencia. Según las cifras de bajas, la batalla revistió una importancia que los libros de historia no parecen concederle. Se da la circunstancia de que soy oñorense de nacimiento y puedo asegurarles que a pesar de tratarse de una fecha no lejana la tradición local apenas conserva relatos populares de la batalla.

Julían García García
Fuentes de Oñoro (Salamanca)

¿Primera? No, en absoluto: en 1809 (27 de julio) se riñó la batalla de Talavera; sir Arthur Wellesley, que mandaba el ejército aliado (británicos, portugueses y españoles, éstos al mando del general Cuesta), recibió precisamente por esta victoria el título de lord Wellington. En realidad el ejército británico operaba en Portugal desde los comienzos de la guerra y su actuación influyó constantemente, aunque fuera de modo indirecto, en la marcha de las operaciones en el territorio español. Por lo tanto, hablar de primeras o segundas batallas en España es aplicar un criterio estrecho a una guerra que se desarrolló simultáneamente en toda la Península (los ingleses la denominan, con acierto, «la guerra peninsular»).

La batalla de Fuentes de Oñoro es un episodio de la llamada campaña de Portugal y España de 1811, consecutiva a las victorias que arrojaron a los franceses de Portugal. El ejército del Sur del Tajo, al mando de Beresford, tomó Olivenza y puso sitio a Badajoz, mientras el del Norte bloqueaba Almeida y Ciudad Rodrigo. Pero como que los ingleses carecían del necesario tren de sitio, éste se prolongó y Massena tuvo tiempo de reunir 48.000 hombres y acudir en socorro de Almeida.

Wellington, que atendía a ambos frentes, decidió darle la batalla con sólo 38.000 soldados, pero con diez cañones más que el mariscal francés, y eligió Fuentes de Oñoro como punto fuerte de su línea. Massena llegó el día 3 de mayo a mediodía frente al pueblo y acto seguido inició el ataque. La infantería francesa tomó a la bayoneta la cuesta que conduce al pueblo, pero fue rechazada por un violento contraataque (3 de mayo, desde mediodía hasta la puesta del sol). Al día siguiente Massena sondeó las líneas enemigas en Poço Velho y obligó a batirse en retirada a la división más débil y bisoña de Wellington, la 7.ª Fue un momento difícil que los despachos oficiales calificaron de «circunstancias bastante críticas». Pero, superado aquel mal paso, el francés se vio obligado a atacar nuevamente en Fuentes. Los granaderos franceses arrollaron a los soldados británicos y llegaron al cementerio, situado, si no ando equivocado, en lo alto del pueblo; pero allí, entre las tumbas, los highlanders consiguieron detener el ataque francés. El precavido Wellington había conservado intacta una fuerza de reserva y, con su acierto habitual, escogió aquel momento para lanzarla contra los franceses: la «desesperada carga» de los Connaught Rangers expulsó a los

franceses del pueblo y decidió la batalla. Los cadáveres de granaderos franceses y de highlanders se amontonaban en las calles. El día 8 Massena inició la retirada. Según las fuentes británicas las bajas francesas ascendieron a 2.100; las de los ingleses a 1.450. La participación española en esta acción fue de escasa importancia.

No es sorprendente que en Fuentes de Oñoro el recuerdo de esta batalla sea tan vago. Los pueblos, como las personas, olvidan pronto los malos momentos, y una batalla como la de Fuentes fue para sus coterráneos un mal trago: la soldadesca enloquecida o desmandada es siempre peligrosa, y en aquel momento poco importaba que vistiera uniforme francés o británico, o incluso español. (Lea usted en Alcalá Galiano el temor de los madrileños cuando, después de la victoria de Bailén, entraron en Madrid las partidas valencianas con sus trabucos, sus facas, sus escapularios y con una catadura tal que la mayor parte del vecindario se encerró en sus casas.) El pueblo recuerda «sus» hechos y «sus» campeones: sobre todo bandidos y guerrilleros, gentes todas ellas que encarnan viejos rencores o jóvenes entusiasmos. Pero la historia que escriben los ejércitos, multitudinarios e innumerados, suele dejarle indiferente. José María el Tempranillo ha dejado una honda huella en el pueblo andaluz, pero pregunte usted por Reding o por Castaños. (E. V.)

248. — LOS PATRONES DE ESPAÑA.

Agradecería muy de veras me informaran sobre qué Virgen es la patrona de España y desde cuándo, ya que unas personas me han asegurado que es la Virgen del Pilar y otras la Inmaculada.

Inmaculada Gómez Campo
Madrid

En España, los patronos son: la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, el 8 de diciembre, y Santiago Apóstol, el 25 de julio. En relación a la primera, objeto de su consulta, parece oportuno añadir la siguiente información:

Reunidas las Cortes en Madrid, el 17 de julio de 1760, a proposición del ilustrísimo señor don Diego de Rojas y Contreras, gobernador del Consejo y presidente de las Cortes, por unanimidad de votos y común aclamación, acordaron:

«Se suplicase a S. M. (Carlos III, y al príncipe don Carlos Antonio, su hijo, recién llegados a España) se digne tomar por singular patrona y abogada de estos reinos y de las Indias y demás de ellos anejos e incorporados, a esta soberana Señora, en el Misterio de su Inmaculada Concepción... y solicitar bula del Sumo Pontífice con aprobación y confirmación de este Patronato, con el rezo y culto correspondiente.»

En previsión de las grandes dificultades que surgirían en Roma, pues es muy grande la controversia sobre este misterio (advirtase que no fue definido como dogma hasta 1854), se le recomienda al ministro de la Corte en Roma, «que no padezca equivocación alguna en la impetración de la Bula y se declare en ella que este Patronato de María Santísima es adicto y determinado al Misterio de su Inmaculada Concepción».

El 21 de julio, el secretario de Gracia y Jus-